
La Última Tropa

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7599

Título: La Última Tropa

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 24 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Última Tropa

Al maestro don Juan Antonio Cavestany.

Física y moralmente, don Pantaleón Quesada era el arquetipo del gaucho, del gaucho originario, de la subraza motivada sin cruzamiento de ninguna especie, por el medio ambiente.

Era alto, era ancho, era recio. Tenía cabeza pequeña y la cara grande, como la mayoría de los uruguayos, como los aborígenes charrúas.

Espesa melena poblaba su cráneo; la faz arábiga, de fuerte nariz curvilínea, de grandes ojos pardos, de cejas copiosas, de labios espesos, estaba encerrada en un corral de barba densa y larga.

Era gaucho de una pieza don Pantaleón. De joven, anduvo en la guerra; después, se enamoró de María, la hija del puestero López; y como López no lo quiso por yerno, la robó. Hubo huidas, hubo tiros; pero al fin, las cosas se arreglaron. En una estancia amiga, le dieron *población*. No tenía plata, pero tenía crédito, el crédito que los gauchos ricos abrían á los gauchos honrados en la época bruta en que no existían, ni remotamente siquiera, los bancos ni los agiotistas.

Se hizo tropero. Llevó ganado al Brasil y realizó buen negocio. Fué tropero mucho tiempo, ganando mucha plata. Compró campo—una suerte—y lo pobló con reses escogidas; pero siguió tropeando y siguió comprando campo á los linderos y llenándolos de novillada y de vacaje flor.

A los cincuenta años, estaba muy rico y hubiera podido descansar, entregado al cultivo de su numerosa hacienda,

entre el cariño de su vieja y de sus dos hijos, Lauro y Antonio; pero para él, tropear era una pasión. Los soles, las lluvias, los días sin comer, las noches sin dormir, las rondas azarosas, las tormentas temibles, las *disparadas* trágicas, la constante perspectiva de perder una fortuna y de perder la vida defendiéndola, constituían el placer intenso del jugador, aumentado con la gaucha satisfacción de afrontar peligros y vencer dificultades. De ese modo, lo que en un principio fué medio de ganarse la vida, concluyó por ser un deporte. Para acarreos vulgares no había que contar con él. Su tiempo de aparte eran los días bravos de agosto; su costumbre, amontonar centenares de reses, y su predilección, adquirir novillada chúcará, cerril, ligera de pies y fuerte en cornamenta, pronta para *clavar la uña* al primer relámpago y potente para reventar el lazo del maturrango que no sabe aflojar y sentarse á tiempo...

En cincuenta leguas á la redonda, su estancia era conocida por la *Estancia del Tropero Viejo*.

físte tropero viejo frisaba entonces en los sesenta. Los reumatismos le habían anulado el brazo derecho, impidiéndole enlazar, y sabido es que cuando un gaucho se ve impedido de poder enlazar, yo no se le tiene en el concepto de gaucho.

Se resignó á cuidar la hacienda en compañía de sus dos hijos, Lauro y Antonio.

Ese año, hubo peste, langosta, isoca y sequía; la mortandad fué enorme. El viejo tenía en su baúl, muchas onzas acumuladas; compró haciendas para repoblar el campo. Pero en seguimiento de la *tristeza*, vino la aftosa... y las reses, contaminadas por el flagelo, murieron, murieron miserablemente.

Don Pantaleón vió su gran campo casi desierto, improductivo; pero un campo siempre vale plata; hipotecó y compró ganado ovino, ovejas, muchas ovejas, treinta mil ovejas.

El sagaipé se las concluyó antes de la esquila

Nuevamente, recurrió á la hipoteca; adquirió novillos de invernada, muchos, y se dispuso á pelearla por el desquite.

Y vino la guerra civil. Los colorados, que lo suponían blanco, le carnearon la mitad de la haclenda; los blancos, como contribución partidaria, le carnearon la otra mitad, y en un combate cercano de las casas, sus dos hijos, llevados á la fuerza al teatro de la lucha, dejaron la osamenta en una loma, agujereados á balazos.

Fué el derrumbe. Dos años después, el viejo tropero no poseía nada, nada más que su vieja, y la vieja murió una noche, de cansancio, de tristeza, de aburrimiento...

Vino la liquidación, y en una radiante mañana de enero, don Pantaleón, cabalgando un petizo matiado y bichoco, abandonó su casa, arriando su tropa, constituida por media docena de cerdos, quince gansos y cinco corderos guachos.

Iba rumbo al pueblo, y cuando alguien le preguntó qué hacía, respondió con voz grave y serena:

—Hago mi última tropa, amigo... Voy á vender estos animalitos, para de, ese modo, poder pagar el cajón con que me han de enterrar. Y asina seguiré siendo hasta la fin, el tropero viejo!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.